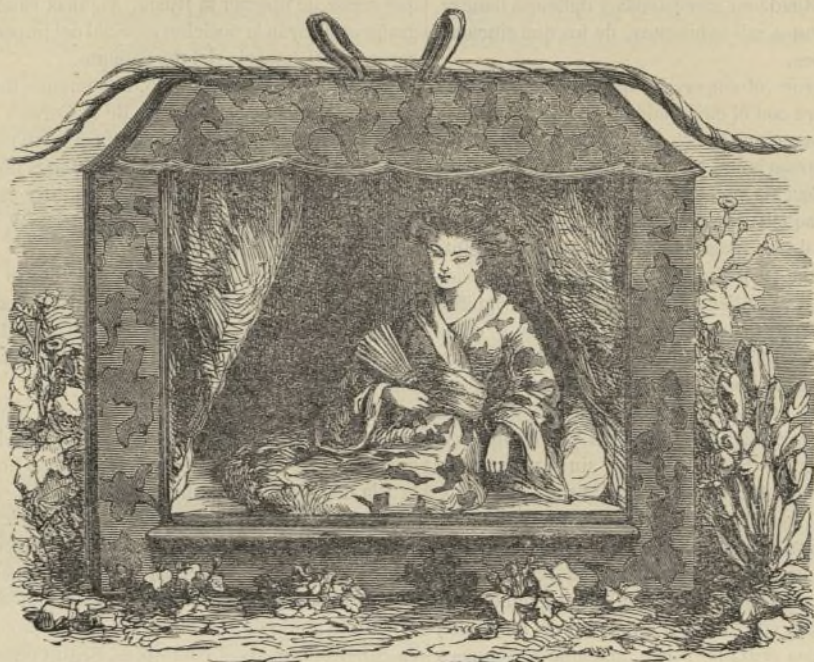


ma y constante sucesion; pero allí tambien, los altos dignatarios de palacio, fuertes y turbulentos, los *Sioguns*, jefes militares, derribaron á los desidiosos emperadores. Apoderóse del mando un Siogun, y respetando la antigua raza de



Dama japonesa en palanquin.

los soberanos del Japon, ó para mejor despojarlos, los hizo caidos sin autoridad civil. Desde esta época el Mikado, metido en un templo y rodeado de adoraciones universales, carece de toda influencia política. Su persona es sagrada. Su



Ainos, en los Kuriles.

córte, compuesta de sacerdotes y de mujeres, no se le acerca sino temblando. Sus divinos pies no deben nunca tocar la tierra. Si quiere pasar de un salon á otro, sus criados llevan respetuosamente sobre sus hombros la preciosa carga. El sol, dicen los japoneses, no es digno de brillar sobre su cabeza. La porcelana en que ha comido, debe ser rota. Tal

es el emperador-ídolo (llamado *el que ora y á quien oran*) que habita en Miako, en un barrio aislado con murallas y fosos. Miako está situada en una estensa y deliciosa llanura, tiene mas de quinientos mil habitantes, de los que cincuenta mil son sacerdotes.

Respecto al Siogun (el emperador que gobierna), todas sus obligaciones para con el emperador religioso se reducen á una profunda veneracion. Muerto el Mikado lo reemplazan con su mas próximo pariente, y como la ley sálica no existe en el Japon, la eleccion no es difícil de hacer. Hasta una mujer puede ceñir aquella importante corona.

Yeddo, morada de los Sioguns, está situada á los treinta y cinco grados y treinta y dos minutos de latitud septentrional, en medio de una vasta llanura cortada por un magnífico golfo. La ciudad descuellan en forma de semicírculo, como todas las del Japon, y está cruzada con muchos canales llenos de diques, á que preciosos árboles dan sombra.

Acerca de la vida interior y costumbres del Japon, el celoso aislamiento en que sus naturales viven, no permite saber mucho. El Museo de la Haya posee, sin embargo, un pequeño Japon en miniatura, trabajo paciencioso de un holandés que residió treinta años en Nangasaki. Esta obra maestra microscópica, este Japon liliput de madera pintada, contiene bonzos, guerreros, príncipes, labradores, criados, mujeres de todas categorías, desde la hija del pueblo hasta la emperatriz, sentada en un salon en medio de biombos y faroles con las piernas cruzadas sobre magníficos cojines y vestida, según la etiqueta, con cuarenta y cinco enaguas que gradualmente van acortando.

Esto es, poco mas ó menos, lo que la paciencia y flexibilidad de los holandeses nos ha permitido saber hasta el día acerca de aquel curioso país. ¿Han sacado de él mayores frutos para sus intereses materiales, y sus ventajas mercantiles, les han compensado las humillaciones, las malas maneras, las renunciaciones y las apostasías? Podríamos dudar, y el difunto rey Guillermo II hizo sin duda muy corto sacrificio el día en que inútilmente renunció el privilegio secular de los bátaos y pidió al Siogun la libertad de comercio para todos los pueblos en su imperio. El paso era noble y generoso, aun que debiese quedar sin efecto; pero quizá revelaba la poca importancia del privilegio obtenido.

Indudablemente muy pronto sabremos mucho mas acerca de este país, porque el 31 de marzo de 1854 ha sido firmado en Kanagawa un tratado entre los Estados-Unidos y el Japon. El comodoro americano Perry lo ha conseguido, presentándose acompañado con ocho buques de vapor formidablemente artillados. En 19 de octubre de 1855 el almirante inglés Stirling concluyó en Nangasaki un tratado igual. La Francia y la Rusia se han unido á este esfuerzo de la civilización imperiosa de las razas occidentales, que ha logrado ya la apertura de los puertos de Nangasaki y de Hakadadi.

Todos estos golpes dados á la puerta del misterioso imperio, han puesto á las claras su flaqueza. El 11 de diciembre de 1856, dos buques ingleses se presentaban en la rada de Nangasaki y, por costumbre, el gobernador les negaba la entrada. Pero los oficiales sajones, los dárbaros rojos, con el tratado de 1855 en la mano, pasaban adelante tranquilamente y anclaban á tiro de las baterías, que guardaron silencio. Consiste esto en que un *buque de guerra* de nuestros días se asemeja poco al navío la *Madre de Dios*.

Entre los tratados concluidos de buena ó mala voluntad, uno de los mas importantes para el porvenir del Japon es el que acaba de obtener la Rusia. Algunas palabras sobre geografía esplicarán la posición especial del imperio de los czares respecto del imperio del Sol Saliente.

El Japon, según es sabido, se compone de tres archipiélagos, que se extienden al Este de la Corea y de la Manchuria, con una superficie de veinte y ocho mil leguas cuadradas y una población como de treinta millones de habitantes.

Estos tres archipiélagos forman una especie de gran triángulo, con los Kuriles meridionales al Nordeste; Yeso al Noroeste y Nipon al Sur.

Los Kuriles y Sakhalian, la mayor de las islas del archipiélagos de Yeso, están habitados por una raza poco numerosa, *los ainos*, cuyo establecimiento principal, no me atrevo á decir la capital, se halla situado en la isla de Matsmai al Sur de Sakhalian.

Estos ainos, cuya palabra japonesa significa hombres velludos, son casi salvajes, y parece descubrirse en ellos los restos de una nación que en otro tiempo hubiera habitado la isla de Nipon. Su fisonomía y su idioma revelan una raza congénere de los tártaros y de los kamtchadales. Son los vencidos arrojados del principal archipiélagos de Nipon por la raza inteligente y valerosa que en la actualidad lo ocupa.

Estos pobres ainos, como vencidos, han ido descendiendo al último grado de la civilización, y los japoneses no les escasean despreciativas calumnias. Según ellos, los ainos son difícilmente hombres y casi monstruos. Su vello, sin embargo, se asemeja al de los osos blancos y de las focas, y tienen las endeables piernas y el débil cuerpo de los ichtyófagos mal alimentados. La única industria que conocen, es la pesca.

Pero las islas Aleucias, este collar de perlas desgranado por el gran Océano y por la mar de Okhotsk, que se unen en la punta meridional del Kamtchatka, pertenecen á la Rusia. Por estas islas, que confinan con uno de los tres archipiélagos japoneses, y por el inmenso desarrollo de las costas que poseen frente de la Corea y del Japon en el Pacífico, los rusos están admirablemente situados para comerciar con el imperio del Sol Saliente. Todavía luchan, como el resto de Europa y como los americanos, para establecer sus transacciones con los japoneses propiamente dichos, esto es, con los habitantes de las islas de Nipon, de Kiusu ó Bongo y de Sikok, y hace mucho tiempo se hallan en constantes relaciones con los ainos de los otros dos archipiélagos.

Por los grabados se vé cómo estos infelices salvajes de Sakhalian y de los Kuriles ejecutan los cambios. Nada hay mas primitivo, ni menos acostumbrado hasta el presente para acercar las razas por medio de una mútua confianza. El aino no conoce la moneda; no sabe sino poner en la orilla el objeto que quiere cambiar y meterse cuanto antes en su barca, esperando que el forastero haya examinado la mercancía y espuesto, á su vez lo que ofrece en pago.

Pero tengamos paciencia, que todo principia así, y los rusos no se establecen sin objeto en la embocadura del río Amor.

Respecto á los verdaderos japoneses, á los numerosos y civilizados habitantes de Nipon, presentamos aquí los diferentes tipos, desde el soldado hasta el emperador: en el hombre, igualmente que en la mujer (véase la linda señora japonesa, sentada en su elegante palanquin), es el tipo chi-

no, pero mas inteligente y mas culto. El color es amarillo, los ojos cortados en forma de almendra, vivos é inteligentes, las cejas altas, la cabeza grande y el cuello corto, los cabellos de un negro lustroso, la barba escasa y la nariz poco saliente, mas no aplastada. El carácter es, igualmente que el rostro, superior al de los chinos. El japonés es afable y valiente, escesivamente corrompido, pero su corrupcion no presenta el brutal egoismo ni la feroz bestialidad de la corrupcion china.

Segun Krusenstien, Langdorff, Titsing, Kampfer y monsieur Eduardo Kraissinet, la inteligencia y el buen sentido de los japoneses avergonzarian á los nuestros, y no mereceria el trabajo el infundirles violentamente una civilizacion, que nada tendria que enseñarles. Quedaria solo la cuestion del carbon de piedra y de los algodones. Pero no tengo confianza en estas admiraciones y reservo formar juicio hasta adquirir mas estensos informes. Los chinos tambien, segun Voltaire, eran casi unos santos. Los cuentos dicen de ellos maravillas.

Me imagino, con la mayor humildad, que este país herméticamente cerrado debe tener algo que aprender, y que su organizacion social, fundada en el terror, en el espionaje y en una ilustrada tiranía, podria muy bien no ser perfecta. Creo que por estar en apariencia mejor arreglado y mas sólido que la China, el imperio del Sol Saliente no es ni menos corrompido ni menos digno de vituperio. La civilizacion cristiana, este gran disolvente de las sociedades carcomidas, ha puesto en él la mano y no abandonará su obra providencial. Me inclino á creer que este Japon, que tanto teme la luz, es algo artificial y frágil, y entreveo en un porvenir muy próximo el profundo sacudimiento de todos estos imperios que la mano de Dios sujeta visiblemente bajo la poderosa atraccion de nuestras fuerzas modernas.

Mientras aguardamos lo que lord Elgin prepara á la China, que en este momento emprende con la civilizacion una lucha desigual y desesperada, hé aquí que nuevas épocas comienzan para el Japon, el cual ciertamente no está abierto todavía, pero se entreabre.

CONVERSACION Y DISCUSION. Un hombre de talento decia: «No puede haber discusion sino entre gentes del mismo parecer.» Nada hay mas verdadero que esta palabra, cuya forma paradójica estraña desde luego. La discusion no existe realmente, no es útil ni puede hacer nacer la conviccion sino cuando se apoya en motivos y no sobre los fundamentos mismos de todas las ideas y de todos los principios. De otro modo, ni hay conversacion ni discusion: no hay mas que un desafio de palabras en el que cada uno trata de herir á su adversario, sin inquietarle el pasar los límites de la urbanidad; los amores propios se irritan y, lejos de convencerse, se afirman mas y mas, por la lucha, en sus mismas opiniones. He aquí porque las grandes épocas de la conversacion en Francia han sido aquellas en que la sociedad, poseida de un deseo instintivo de reformas, se sentia atraida hácia un mismo objeto apenas desenvuelto de las nubes de lo desconocido y sobre lo cual se estaba de acuerdo por todos; época en que se honraban por motivos de una misma opinion

las divergencias destinadas mas tarde á formar separaciones marcadas por abismos insuperables (1).

La delicadeza en la conversacion depende del entendimiento: en la conducta, dimana del corazon.

A. C.

CUADRO DEL CAZADOR.

En la última esposicion francesa de pinturas, Mr. Brilouin ha presentado un cuadro cuya copia damos á nuestros lectores, cuadro bellissimo que ha llamado mucho la atencion en aquel país. Es un cazador desgraciado. Reparen nuestros lectores lo bien que ha sabido el artista espresar su pensamiento. Ahí está el pobre cazador con un fusil descargado entre las piernas, sentado cerca de su perro que deplora su torpeza, y el desgraciado repasa en su imaginacion las perdices que no ha alcanzado y las liebres que corren todavía, en una palabra, los *marros* que ha dado. Han querido en el vecino imperio reconocer en este desgraciado cazador un personaje que en otro tiempo habia poseido grande fortuna. La semejanza de su rostro es grande á pesar de su exagerada demostracion y de sus grandes piernas, capaces de medir el mundo, así como de sus huesosos brazos, casi tan largos como sus piernas.

Pero este hombre, tan desgraciado en la caza, era muy feliz en aventuras, y á falta de conejos, perdices y liebres, siempre traia en su morral alguna historia. Vamos á contar una, dejando hablar á él mismo.

«Acababa yo de herir á un hermoso conejo á la salida de un camino, cuando me encontré á una aldeana montada en una burra.

Era una aldeana de vestido corto, delantal blanco, viva como una ardilla y fresca como un rábano.

La burra tambien era muy hermosa, su cola iba y venia alegremente mientras que sus orejas estaban como un abanico. Cuadrábase como si hubiera llevado el mundo encima; y cuando alcanzaba con la lengua los cardos sembrados á los lados del camino, mostraba unos dientes ni muy largos, ni muy amarillos..... para una burra.

Detrás seguia un buen lebel.

Saludé a la aldeana.

— Buenos dias, muchacha: ¿tendrás la bondad de indicarme el camino de Miremont?

Iba á responderme, pero la burra se puso á rebuznar, absolutamente lo mismo que si yo la hubiera dirigido la pregunta.

La muchacha al mismo tiempo dió un grito y llevó ligera la mano á un cesto de donde salia un gatito.

De un salto brinca por las orejas de la burra y echa á correr por el campo.

La burra rebuzna, el perro ladra y la jóven se lamenta.

— ¡Ay mi gato! ¡Gato mio! Se ha perdido. ¡Y mi madrina que me lo habia encargado y recomendado tanto al dármele!

De repente echo á correr como un rayo en persecucion del fugitivo; voy á alcanzarle, casi cojo la cola con mis dedos

(1) Coppet y Weimar, madama Stael y la gran duquesa Luisa, por el autor de los Recuerdos de madama Récamier.

pero pasa un arroyo, trepa sobre un sauce, y yo caigo en medio del agua con gran terror de las ranas que habian salido para tomar el fresco. Héteme aquí empapado como una esponja, separado de mi escopeta y cubierto de lodo como mi perro. Estaba furioso. Busco una piedra, un palo; mas al volverme veo que estaba ya vengado.

El aturdido gato había abandonado el sauce para tomar una buena carrera, contando sin el lebril, que de un salto le atrapó y le cascó la cabeza como un mono una nuez.

Yo no soy sanguinario, pero confieso que no me desagradaba aquella muerte; aun produgué algunas caricias al asesino, que tomó bien pronto la delantera como si toda la guardia civil fuera en su persecucion.

No me quedaba mas que un partido; reunirme con la burra, que había vuelto á tomar su trotecillo, y con la muchacha, que se reía á carcajadas. Mis vestidos se habían pegado á mis huesos, lo que, á causa de mi estremada delgadez, me daba todo el aspecto poco gracioso de un tubo de chimenea.

Si no hubiera sido mas que el ridículo, podia pasar; pero me encontraba muy embarazado. En punto á vestidos, mi morral no encerraba mas que un paquete de cigarros y una caja de fósforos.

Aproximábase la noche, y para colmo de desgracia se preparaba una tempestad en el horizonte.

Supliqué á Genoveva que me indicase una posada.

—¡Una posada! respondió la muchacha; no conozco ninguna en dos leguas á la redonda. Pero ya estamos en la aldea ¿Veis aquella casita blanca? Es la de mi madre: seguidme y encenderemos un buen fuego.

De buena gana me hubiese echado al cuello de Genoveva para abrazarla si mi discreción y la posición en que me hallaba me lo hubiera permitido.

Genoveva me presentó á su madre y la contó la escena del arroyo.

La buena mujer abandonó su rueca, abrió un grande armario y me ofreció un lio de ropa cuidadosamente doblada, diciéndome:

—Aquí tiene vd., señor viajero, efectos que os serán muy útiles. Son los vestidos de mi pobre difunto, que Dios tenga en gloria; son enteramente nuevos y están bien tratados. El pobre hombre no se los puso mas que una vez por Pascua. Roberto, el herrador, quiso darme dos duros por ellos y dos celemines de trigo; pero yo no he querido enagenarlos.

Apresuréme á meter una especie de chaqueton, que era de pana verde botella, guarnecido de botones de metal. Cuando me presenté delante de la viuda se puso á sollozar porque la recordaba mucho á su querido esposo. Decía que enia sus ojos, su nariz, su boca y su talle. Muy sensible fui á estas alabanzas, pero todavía mas á la invitacion que me hizo Genoveva de sentarme á la mesa. Despues de una comida de campestre frugalidad, la viuda me presentó una hermosa taza azul, y Genoveva fué á buscar á Martrilla. Martrilla era una cabra como un carnero y mas blanca que su eche. Dejóse ordeñar sin menearse, y yo me eché al coletto dos tazas de leche.

Las dos mujeres cogieron su rueca y yo encendí un cigarro. Hablamos del difunto tío Tomás, cuya muerte causaba un gran vacío en aquella casa.

—Pero Genoveva se casará pronto, dije yo á la viuda, y estareis menos aislada.

Al decir esto, la jóven se ruborizó y dejó caer el husillo, que recogió lentamente.

—Ya estaría casada, contestó la viuda; pero corre el rum rum en la aldea de que mi difunto se nos aparece; y Juan Martín, el novio de Genoveva, ha dicho que no se casaría jamás con la hija de un aparecido.

—Juan Martín comete un gran desatino.

—Eso es lo que le ha dicho el tío Ricardo, continuó la viuda. Pero el tío Ricardo ha sido marinero, ha viajado mucho y estado en las islas, de donde ha vuelto con un hermoso pájaro enteramente verde que habla como un cristiano. No es como Juan Martín que se cortó el dedo pulgar un domingo durante las vísperas para no entrar en quintas. ¡Pobre Tomás! continuó la viuda suspirando y sacando su pañuelo de algodón azul; yo no quiero creer que se aparece, porque le hubiera visto yo, su querida Juana, y me hubiese hablado, estoy bien segura. Y sin embargo, añadió echando una mirada inquieta en derredor de su estancia, se oyen en esta casa unos ruidos tan particulares. ¡Hágase la voluntad de Dios! y se santiguó dos veces.

Acababa de estallar la tempestad, el viento soplaba en lo alto de la chimenea; el trueno retumbaba, y á través de los vidrios se vió á los árboles del jardín inclinarse los unos sobre los otros como fantasmas que se hablasen al oído.

Genoveva encendió una vela bendita, que había alumbrado al Santísimo Sacramento. Enganada por la luz, que tomó sin duda por la aurora, una alondra dejó caer de lo alto de su jaula una melancólica cancion.

Cuando se hubo calmado un poco la tempestad, la madre de Genoveva me condujo á un cuarto del piso primero; pero en frente de aquella cama, en la que había visto morir á su marido, la viuda no pudo tener sus lágrimas y sollozos, y me dejó muy pronto solo.

Haría apenas una hora que me había acostado é iba ya á dormirme cuando de repente oigo al pié de la cama estranos quejidos; despues á los suspiros sucedió un ruido parecido al estertor de un moribundo.

—Querido difunto, exclamé con un valor un poco fingido, ¿estais tal vez incomodado porque me he puesto vuestro vestido? He hecho mal, lo confieso; este traje no había sido hecho para mí, pero he tenido mucho cuidado con él, y aseguro que no le estropearé y que mañana lo devolveré á vuestra digna viuda, despues de haberlo cepillado yo mismo.

Apenas había pronunciado este discurso conciliador, cuando volvió á comenzar el ruido; pero mas inmediato, mas terrible. Al mismo tiempo divisé al pié de la cama dos grandes ojos redondos dirigidos á mí.

Por fuera retumbaba el trueno siempre y la lluvia caía á torrentes.

De repente un relámpago ilumina el cuarto. Miré instintivamente hácia la ventana y ví un objeto que me hizo estremecer.

Era un caballo gigantesco que corría en los aires, el viento levantaba sus crines y su cola parecía besar las nubes.

Tres veces brilló el relámpago en el espacio y tres veces ví pasar aquel misterioso caballo.

A los pies de la cama los ojos brillaban siempre y los quejidos eran cada vez mas fuertes y horrorosos.

Por último, un nuevo relámpago cruzó el cielo, y á su deslumbrante fulgor divisé el caballo, ó mas bien su cabeza y su cola que solas daban saltos por el espacio; el cuerpo ha-

bia desaparecido. Aquello era horrible. Al mismo tiempo el ruido de debajo de la cama se acercaba cada vez mas y mas, y detrás de la cabecera oí de repente una voz ronca que dijo:

—Soy yo....

Tuve miedo. Pero muy pronto un sentimiento de vergüenza y de cólera se apoderó de mí. Me deslizo con mucho tiento al suelo y escucho el ruido; aventuro mi mano, encuentro una abertura y cojo.... unos cuernos.

—Soy yo, repitió al mismo tiempo la voz ronca.

Di un gran grito y caí casi desmayado.

La viuda que me había oído, se levantó y corrió á despertar á los vecinos. Después de haberse armado de hoces, horquillas y escopetas, penetraron en mi cuarto y me hallaron cogiendo con una mano crispada ¿el qué? ¿Al diablo ó al aparecido? No; á la cabra Martrilla. Teniendo su vivienda debajo de mi cuarto se había subido encima de unos haces



El cazador desgraciado, cuadro de Mr. Brillouin.

de heno, y mi mano se había deslizado por un ventanillo que había en el suelo.

Este descubrimiento me tranquilizó

—Pero ¿y el caballo? exclamé de repente sintiendo renacer mi terror?

—Sois muy simple, me respondió un hombre, que era el herrador, la tempestad lo ha hecho pedazos: no queda de mi hermosa muestra mas que la cabeza y la cola.

Al mismo tiempo ví brillar á los pies de mi cama los dos botones de metal de la chaqueta de pana: eran los dos ojos redondos y brillantes que estaban clavados en mí.

Iba á despedir á mis aldeanos libertadores, cuando estas palabras resonaron en el cuarto:

—Soy yo, soy yo.

—¡Toma! exclamó todo el mundo, es el papagayo del tío Ricardo que se ha escapado de su casa y ha venido aquí,

Era en efecto el hermoso pájaro todo verde que hablaba como un cristiano.

A la mañana siguiente mis vestidos se habían secado: devolví á la viuda los del difunto despues de haberlos cepillado yo mismo, segun la promesa.

Esta vez, como tantas otras, volví á mi casa sin haber cazado nada; pero tuve el placer de ver que me había hecho mas valiente despues de mi descubrimiento.

Juan Martin se casó despues con la hermosa Genoveva.»

Tal es la historia última de nuestro cazador, que de seguro vale tanto como una liebre y un faisán y lo que él no cazaba.

LOS HILOS DE LA VIRGEN.

O LAS ARAÑAS VIAJERAS.

Una de las maravillas de que anualmente somos testigos, y que pocas personas atribuyen á su verdadera causa, es el espectáculo de esos innumerables ejércitos de arañas viajeras que se elevan en los aires muchas veces á considerables distancias, por medio de esas hebras blancas vulgarmente llamadas *Hilos de la Virgen*.

Durante el otoño, en esos hermosos días que preceden á las lluvias ó las heladas, es cuando esos animalitos verifican su ascension. En cuanto á la época elegida por dichos insectos, está subordinada á las modificaciones de la temperatura, que varía, como se sabe, de un año á otro. Sin embargo, indica con precision al alento agricultor el verdadero momento de confiar á la tierra ciertas semillas y proceder á determinados trabajos con preferencia á otros y hacer las plantaciones de los árboles que exigen el concurso de ciertas circunstancias atmosféricas para prevalecer. En una palabra, la aparicion de los hilos de la Virgen, sirve á las gentes del campo de regla y les indica el tiempo á propósito para muchos trabajos.

¡Váyase á preguntar á un labriego de donde provienen esos hilos que flotan en los aires, que cubren las tablas de los techos de las cabañas y se ven suspendidos hasta en las ramas de los árboles mas elevados! Su ignorancia en este punto es igual á la de las gentes de las ciudades, y sin embargo viven en medio del campo, donde se levantan esos hilos misteriosos. La araña que los ha hilado hace su ascension á su misma vista; pero consagrado enteramente á sus rústicas ocupaciones jamás se ha dignado bajar su mirada sobre los insignificantes séres que comparten con él, muchas veces á pesar suyo, el imperio de la naturaleza.

A la verdad no se vé gran diferencia entre ciertos hombres incapaces de apreciar las bellezas sin número de la naturaleza, prodigadas por todas partes, y el animal que huella estúpidamente con sus pies las mas lindas flores, ó que se revuelca sobre la yerba sin pensar que destruye millares de plantas, de flores y de insectos igualmente dignos de atencion.

Cuando se piensa que basta echar una ojeada en derredor de uno para descubrir millares de séres animados, de los que el mas insignificante presenta todavía algun interés,

no se puede deplorar bastante la indiferencia por todo lo que es útil conocer, preciso é interesante de estudiar que preside á la educacion de la juventud.

La araña viajera desprovista de alas y por consiguiente de todos los medios ordinarios de levantarse en los aires, abandonando un día el campo nativo de donde jamás había salido, sabiendo servirse de las corrientes de aire que reinan en aquella época del año para elevarse á las altas regiones á distancias muchas veces considerables ¿no nos ofrece un espectáculo curioso é instructivo? Pues bien, ¿qué pensar de hombres que han visto un año y otro este fenómeno renovarse á su vista sin haberlo comprendido jamás? Y así no hace mucho tiempo todavía que la aparicion de estos hilos era atribuida á otra causa cualquiera que la verdadera, y hoy muchas personas instruidas ignoran aun que estos hilos de la Virgen son producidos por los pequeños insectos que hemos mencionado, con el objeto de facilitar su ascension. Durante el estío, cuando la recoleccion de los granos se ha concluido y se recorre los campos cubiertos de paja, se ve una multitud de arañitas ordinariamente del mismo matiz de la tierra en que se encuentran, sin manchas, ni signo que las distinga de aquel triste uniforme: se oclularian á las miradas si estuvieran inmóviles. Dotadas de una agilidad extraordinaria, se lanzan por todas partes al aproximarnos, y cada uno de nuestros pasos sobre la paja hace huir centenares de arañas viajeras.

Estos insectos tienen piernas muy elásticas; su vista es penetrante, y estas cualidades probablemente son las que les dispensan de tender redes urdiendo telas para atrapar los insectos que les sirven de pasto. Por la manera de cazar tienen la mayor analogía con el tigre, el gato y todos los animales de la raza felina. Inmóvil, oculta detrás de un terron de tierra, la araña viajera aguarda con paciencia la caza que vuela ó corre á su alcance; cuando llega, se lanza y coge su presa con tanta fuerza y destreza como el tigre desplega para cazar los gamos y los ciervos, y como éste se la lleva á su madriguera donde la devora cuando tiene hambre. Me he servido de la palabra madriguera no porque tenga un agujero en la tierra preparado para ella; la araña viajera, parecida tambien en esto á los animales de que posee los instintos, no se abre agujero alguno en la tierra; se aprovecha únicamente de las pequeñas cavidades que cree cómodas sin fijarse jamás exclusivamente en una. Y este es el género de vida de este insecto durante el verano: mientras dura éste no piensa mas que en satisfacer sus apetitos glotonos, y al fin de esta estacion el animalito ha adquirido todo el desarrollo de que es susceptible.

Otro sentimiento menos grosero comienza despues á dejarse sentir en él.

Ya el campo no ofrece presas á su avidez; un soplo glacial ha hecho desaparecer los insectos que servian á su alimento; y además, habiendo terminado la araña su crecimiento, debe cumplir el objeto de su existencia; debe trabajar en la propagacion de su especie.

Noches frias y lluvias glaciales han seguido á los hermosos días del mes de agosto; todo sobre la tierra ha tomado un aspecto de desolacion, porque las hojas comienzan á cubrir el suelo, y de verdes que eran antes se vuelven amarillentas, rojizas ó de un moreno enfermizo.

Este es el momento que la Providencia ha elegido para conceder la última gracia á este animal entorpecido ya, mo-

ribundo. El sol disipa las nubes y brillan sus rayos; días suaves y templados vienen á madurar los frutos todavía pendientes en las ramas de algunos árboles; flores que se esfuerzan en aparecer bellas, aunque en vano, querrian hacernos creer todavía en la vuelta de la primavera; su triste aspecto, su indeciso matiz que se confunde con el de las hojas enfermas que el viento arranca y arrebatada de los árboles, no pueden engañar nuestros recuerdos. Es una primavera llena de tristeza... una verdadera parodia de la primavera...

Sea de esto lo que fuere, la naturaleza parece reanimarse bajo la influencia de su pálido sol de otoño, y nuestras arañas se aprovechan de él para verificar la mas atrevida, la mas admirable de las empresas.

Durante aquellos días de lluvia y desolacion, la araña se habia ocultado al abrigo de una piedra, ó de una mata de yerba, entumecida por el frio, privada de alimento. Mas de nuevo se la ve correr y despliega todas sus primitivas cualidades tan pronto como los tibios vapores de la atmósfera se dejan sentir otra vez; pero no es para entregarse al placer de la caza para lo que salta y trisca sobre el suelo cubierto de hojas secas; si escala todavía los tallos decapitados del trigo ó las altas yerbas que cubren los campos es para atar en ellos un hilo estremadamente delgado que va á fijarse de tallo á tallo, de hoja á hoja. Toda la superficie de los campos está cubierta de ellos, y las matas y los arbustos están como envueltos en una red plateada donde se mantienen suspensas las gotas del rocío que los primeros rayos del sol hacen brillar con vivos resplandores. Por último, llega el día en que todos estos insectos sienten la necesidad de levantarse á las altas regiones para verificar la gran mision que les ha confiado la naturaleza.

Podrá decirse tal vez que esta ascension es completamente inútil para llenar este objeto, puesto que las arañas ordinarias y otros insectos privados de alas se aparecen igualmente sin recurrir á un medio tan extraordinario.

No podemos dar una esplicacion satisfactoria sobre este punto tan delicado; dejaremos este cuidado á los sábios miembros de las academias de ciencias naturales; tal vez ellos podrán arrancar á la naturaleza sus secretas intenciones; en cuanto á nosotros, no poseyendo el genio de interpretar, nos limitaremos á decir lo que sabemos, lo que hemos visto y nada mas.

Cuando la pobre araña ha juzgado que es el tiempo favorable para la ascension proyectada, trepa sobre el primer objeto elevado que encuentra á su alcance, y, habiéndose colocado convenientemente para que el viento pueda ayudarla, forma rápidamente, sirviéndose de sus piernas, una seda compuesta de una gran cantidad de hilos y tan finos, que la mas leve brisa basta para levantarla.

Puede formarse una idea de la estrema tenuidad, de lo delgado de estos hilos, cuando se sepa que algunos naturalistas fijan en seis mil el número de hilos de ciertas arañas. Estos millares de hilos, casi imperceptibles á la vista, forman reunidos un hilo tan delgado que seria necesario juntar un centenar de ellos para que fuese tan gordo como un hilo de seda, y diez y ocho mil igualarian apenas al torzal de que se sirven las costureras y los sastres.

La agitacion que reina constantemente en el aire en esta época del año, favorece singularmente el despliegue de estos hilos, que secándose al sol se hacen todavía mas ligeros. Cuando la araña juzga que pueden sostener el peso de su

cuerpo, se deja levantar y bien pronto se ve trasportada á una elevacion que las aves pasajeras solamente alcanzan. Por la noche el aire se enfria y las arañas se ven forzadas á bajar otra vez á tierra. Ignoramos si son las mismas las que vuelven á la mañana siguiente á llenar los aires con sus telas, ó si otras mas tardías y retrasadas las suceden; pero es cierto que durante muchos días se notan estos hilos que revolotean en los aires á merced de los vientos.

Poco tiempo despues del aparecimiento, las arañas viajeras hilan un capullito amarillo del grueso de un guisante. Las arañas hembras de esta especie tienen el mayor cuidado de su progenitura. Llevan este pequeño capullo constantemente con ellas, y ningun peligro que las rodee es bastante para obligarlas á separarse de él. El instinto de la maternidad es muy notable en estos pequeños seres desprovistos de razon. Cuando los huevecillos se han abierto, lejos de devorarlos, se ve con admiracion á la madre llevarlos sobre la espalda con una ternura que haria avergonzar á muchas criaturas humanas que abandonan los hijos que han dado á luz, si fuesen susceptibles de este sentimiento.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA RUSIA.

La Rusia antigua.—La Rusia de Pedro el Grande.—La Rusia de hoy.

(Conclusion.)

III.

LA RUSIA DE HOY.

Pedro el Grande ha hecho célebre su nombre hasta la mas remota posteridad por haber cual hemos visto, hecho temible á toda la Europa y mezclado necesariamente en el porvenir en todos los negocios de toda esta parte del mundo á una córte que solo habia sido una nacion despreciada y enteramente ignorada por su barbarie.

Este fué, en efecto, el mérito principal de Pedro el Grande. Desde su reinado engrandecida y enriquecida, lanzada en la via de la civilizacion, aunque sin sólido timon, la Rusia queda en el primer término de la escena del mundo mezclada á todos los acontecimientos así de la Europa como del Asia, levantándose á agigantados pasos y con un brillo deslumbrador hácia un grado de poder incompatible hoy con la seguridad del Occidente y el equilibrio político que á costa de tantas transacciones se ha logrado laboriosamente establecer y mantener allí.

Vamos á limitarnos á echar una rápida ojeada sobre los reinados que sucedieron al de Pedro el Grande hasta el de Catalina II, tan digna por su genio de alzar el monumento que la Rusia le debia, monumento único en su género y cuya vista presentamos á nuestros lectores y en el que el célebre escultor Falconet ha hecho reposar su obra maestra sobre una roca de Finlandia, en donde la Semframis del Norte ha

impreso por su parte su sello característico con esta inscripción de una admirable sencillez: PETRO PRIMO CATHARINA SECUNDA.

Estos reinados, progresivo desarrollo del gran hombre, son tal vez menos notables bajo este punto de vista que bajo el punto anecdótico en e que tienen un gran interés.



Monumento á Pedro el Grande.

Pedro el Grande no usó él mismo el exorbitante derecho que su voluntad, que no conocía límites, había conferido al soberano; es decir, el de elegir su sucesor. Después de su muerte el príncipe Menchikof pretendió obrar según sus intenciones elevando al trono á la esposa de su señor. (1725—1747). Catalina y Menchikof habían tomado tan